

RUMBO AL AFRICA

Es el 3 de diciembre de 1966, festividad de San Francisco Javier, el Patrón por antonomasia de las Misiones... En el puerto de Liverpool, la neblina empieza a disiparse y el tiempo aparece claro y sereno. El «Aureol» está anclado en el muelle por causa del temporal de la tarde anterior, en que estaba anunciada su salida para las costas africanas. ¿Fue el temporal o fue Francisco de Javier? ¿No habrá querido él acompañar en su día la navegación de este barco, donde entre tantos pasajeros van cuatro Hermanas Hospitalarias (precisamente las cuatro españolas y tres de la patria chica del Santo «Navarro») a comenzar su vida misionera?

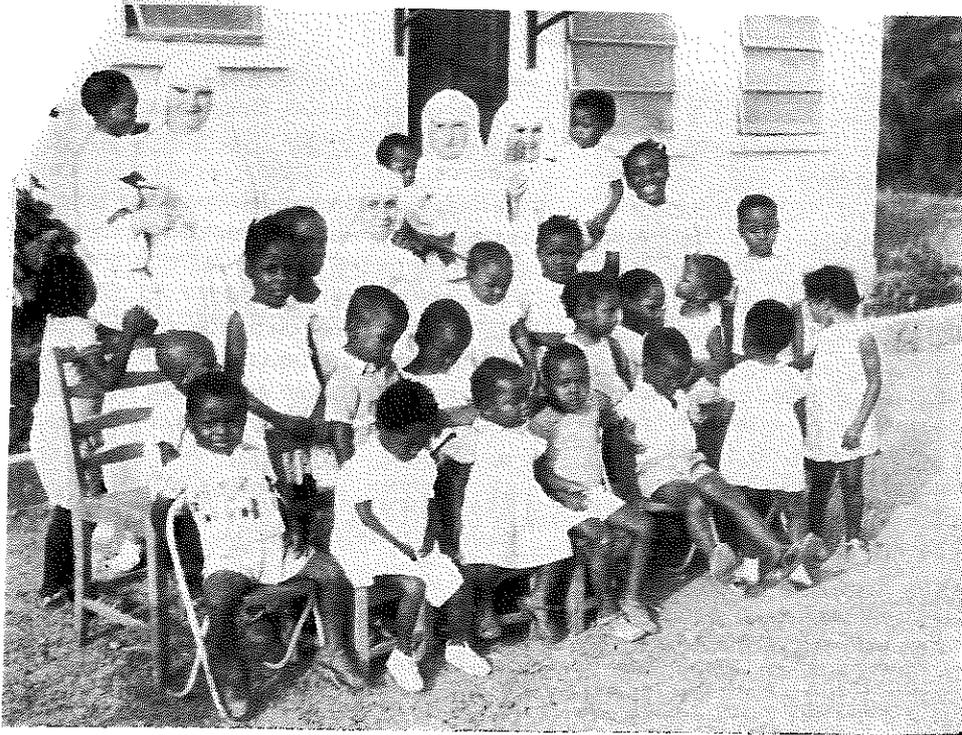
Ha salido el sol y el «Aureol», sueltas ya las amarras, mueve majestuoso la enorme mole de sus 14.083 toneladas, empezando a surcar las aguas del Atlántico y que a lo largo de sus once días de navegación irán dejando atrás las costas de Inglaterra, Francia, Portugal, España, hasta llegar frente al litoral africano. Los días de navegación se interrumpen con una escala de varias horas en Las Palmas y otra en Frestown, la capital de Sierra Leona, donde empiezan a experimentar la santa caridad fraterna de la vida misionera, pues los Padres Misioneros de Frestown las acompañan y no saben qué hacer para obsequiarlas. ¡Qué impresión tan buena llevaban de estos Padres cuando llegaron a su destino!

Día 13 de diciembre. Está amaneciendo. ¡Monrovia a la vista! A las 7 de la

La fundación en Liberia

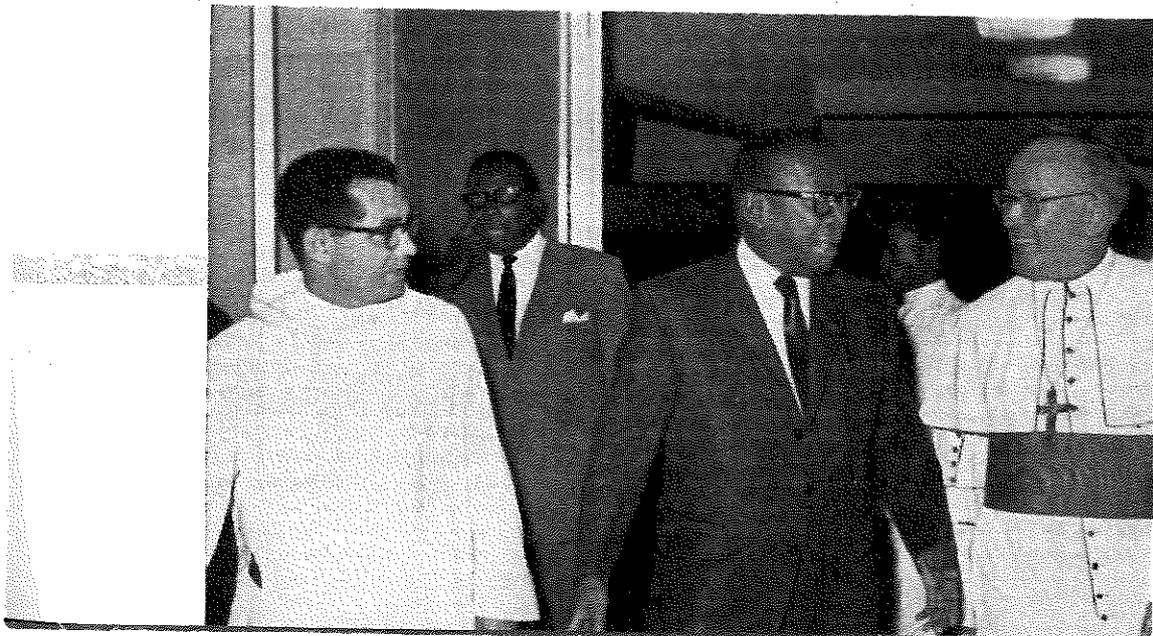
mañana el «Aureol» echa anclas y las misioneras se disponen a pisar el suelo bendito que Dios las tiene destinado para su apostolado de caridad. Llegan a un país desconocido, y no lo parece, porque allí por el muelle esperan personas muy allegadas de su familia religiosa. La Madre Provincial y una Hermana han llegado tres días antes por avión para darles el abrazo de bienvenida y suavizar un poquito los primeros inconvenientes que suelen surgir en toda fundación. Otras personas amigas, y que hace tiempo suspiraban por la venida de las Hermanas, están esperándolas, entre ellas el Reverendo Padre Aurelio Gomollón, O. H., Superior de los Hermanos de San Juan de Dios. Estos Hermanos tan caritativos con todo el mundo han preparado un pabelloncito para las Hermanas, hasta que amueblasen el nuevo convento de la Misión-Orfanato en Virginia.

El día 26 de diciembre salió el grupo de Hospitalarias para la nueva residencia. Ese mismo día se transportó el equipaje y con presteza se preparó todo, porque por la tarde sería celebrada la Santa Misa por el señor Arzobispo y Nuncio de Su Santidad, Mgr. Carroll. Efectivamente, a las cinco de la tarde empezó la Santa Misa el señor Arzobispo, que unos momentos antes había llegado revestido de sus galas episcopales. ¡La primera Misa que se celebraba en aquellos terrenos rodeados de selva africana! La Capilla estaba llena: los Hermanos de San Juan de Dios, Padres Misioneros de Liberia, un grupo numeroso de Misioneras Franciscanas de María



Monrovia. La Comunidad de Misioneras con los benjamines del Orfanato.

Tres buenos amigos y bienhechores de las Hermanas en Monrovia.
De izquierda a derecha: Rvdo. Padre Aurelio Gomollon, O. H., Superior de los Hermanos de San Juan de Dios en Monrovia; señor Williams Tubman, Presidente de la nación de Liberia; Monseñor Francisco Carroll, Arzobispo de Monrovia y Nuncio Apostólico, visitando el nuevo y magnífico hospital que los Hermanos han abierto en Monrovia.



aron lindos motetes) y la pe-
omunidad de Hermanas Hospi-
que por aquellos días se compo-
seis miembros. Ese mismo día
eservado el Santísimo Sacramen-
Buen Jesús no quiso que estu-
ni un solo día sin El! Y quedó
n instalado... el Nacimiento. Un
ento regalo de la madre de una
las misioneras y que había venido
desde Pamplona hasta aquel rincón
africano. Y este Nacimiento o Belén, que
por ser misionero estaba rodeado de los
mil animalillos e insectos que invaden la
selva, recibió bajo su techumbre, junto
a la mula y el buey, un hermoso grillo
florescente, que además de adornar la
rústica Gruta con su lucecilla de luciér-
naga, acompañó a las Hermanas en sus
rezos todo el resto del tiempo navideño.
Las Hermanas rezaban y el grillo canta-
ba. ¡La escena no podía ser más misio-
nera!

Día 30 de diciembre. Han pasado cua-
tro días desde la llegada de las Herma-
nas El Reverendo Padre Mullins, un san-
to Misionero irlandés, lleno de alegría
y de buen humor, de una caridad exqui-
sita, erige el Viacrucis en la Capilla de
las Hermanas y unos días después les
lleva una imagen grande, preciosa, de
San Francisco Javier, que sostiene en
una mano la concha bautismal y con la
otra enarbola el Crucifijo misionero.
¡Qué buen modelo para las misioneras
noveles!

Primeros días del año 1967. Otra gra-
cia concedida a la pequeña Comunidad.
El señor Arzobispo autoriza a la Madre
Priora para distribuir la Sagrada Comu-
nión a las Hermanas el día que no pueda
ir el Padre Misionero a celebrar la San-
ta Misa. ¡Qué emoción al oír esta con-
cesión de favor tan privilegiado!

¡Ya quedaron las Hermanas instala-
das y aquellos niños huérfanos y aban-
donados bajo el cuidado y tutela de
ellas! ¡Qué hermosa labor tienen entre
sus manos: ejercitar la caridad de Cristo
con estos pobrecitos, de los que la ma-
yoría no han sabido todavía lo que es
una mano amiga de verdad. Por esta
caridad que experimentarán no sólo en
sus cuerpos, sino en sus almas, entrará
también en ellos la luz de la verdadera
Fe.

La señora Antoinette Tubman, esposa
del Presidente de Liberia, ha recibido a
las Hermanas como quien recibe a los
ángeles del cielo, y desde el primer mo-
mento las ha demostrado gran cariño,
que esperamos se afirmará cuando vea
la labor tan eficaz de las Hermanas en
ese centro de caridad para la infancia
desvalida, y por la que tanto interés tie-
ne la ilustre dama. Nosotras también
hemos admirado en ella una caridad ge-
nuina; se interesa por todos los necesi-
tados y cuando visita el Orfanato de Vir-
ginia, lo cual hace con frecuencia, conoce
a cada niño por su nombre, y los trata
con suma amabilidad y cariño.

No se puede terminar esta crónica de
la fundación de la Comunidad de Libe-
ria sin dedicar unas líneas de agrade-
cimiento al señor Arzobispo, verdadero
padre de la grey que le está encomen-
dada. Nos ha conmovido con su caridad,
su sencillez y su dulzura. Quizá todas
estas virtudes las ha adquirido en sus
treinta años de vida misionera, tan ardua
en aquellos años que él empezó su apos-
tolado. Por eso ahora recibe a todos
como Padre, y así se ha mostrado con
nuestras Hermanas desde el primer mo-
mento. ¡Qué Dios bendiga a este Buen
Pastor!

La Cronista.